

lectura de muchas personas con menor cultura bíblica. No obstante, los autores han preferido buscar este mayor nivel, aunque prescindiendo de usar una terminología técnica.

Los planteamientos son abiertos, pero con moderación, y lo mismo se inspiran en fuentes protestantes que en católicas, aunque difícilmente se aprecia la diferencia de redacción entre un teólogo católico y uno protestante, pues en todos los temas se procura que estén bien representadas y coordinadas ambas doctrinas, buscando incluso —sin irenismos superficiales— la concordancia de fondo que muchas veces existe entre estas enseñanzas, que a primera vista parecen divergentes porque tradicionalmente lo fueron en la práctica hasta ahora.

El tema de Dios está tratado más bíblicamente que racionalmente, lo que me parece un defecto. Hubiesen querido muchos lectores cultos un planteamiento más filosófico, aunque se buscase un lenguaje divulgador. También en otros aspectos, como el del milagro, hubiese gustado ver una mayor referencia a la crítica actual, haciendo un análisis más riguroso de su sentido actual. Es en esto demasiado escueto el libro, aunque tiene expresiones correctas como la que afirma: "Jesús... no se dejó etiquetar y retener como taumaturgo". Y lo mismo se diga en el tema de la Resurrección, que queda demasiado abstruso después de darle vueltas en prolongadas páginas.

Es de grandísimo interés, sin embargo, todo lo que en el libro se dice del llamado "pecado original". Se hace de él un análisis teológico y bíblico que renueva totalmente los conceptos que tenía el católico en estos últimos siglos acerca de esta realidad humana, que es defecto de todos los hombres individualmente y no sólo ni preferentemente de una pareja al principio del mundo, la cual misteriosa —y hasta injustamente— transmitiría una pena y una culpa que cada hombre no habría cometido personalmente.

Muy clara, y cargada de buen sentido, es la parte del libro dedicada a los problemas morales de hoy, que dependen más de unas grandes líneas éticas humano-cristianas, y no tanto de deducciones concretas del Evangelio, que no posee ciertamente

soluciones para todos los tiempos. Un poco extraño es, sin embargo, que, al hablar de los anti-conceptivos, se apresure el libro a afirmar la no licitud de los que impiden la implantación del óvulo, cuando muchos moralistas católicos y protestantes afirman su licitud y las Iglesias nada claro han decidido oficialmente so-

bre ello. En cambio está muy bien enfocado lo relativo a la sexualidad y al matrimonio, aunque queda poco nítido el tema tan en boga últimamente del divorcio.

Por último, es sumamente acertada la sugerencia que se hace al final de la obra, a través de esta importante e inteligente

pregunta: "¿No son las 'confesiones' —o sea, las diferentes Iglesias cristianas— en la cristiandad de hoy lo que eran en la antigua Iglesia y en la Edad Media las diferentes 'escuelas' teológicas?". Este es el broche final adecuado para un importante libro cristiano. ■ E. MIRET MAGDALENA.

ADIOS A LAS LETRAS

LOS CLAVELES

No necesita nardos ni nada. Tengo todos los insultos para este horrible aniversario. La revolución se ha ido como un corrido sin alma, un soneto dicho por un mexicano. Conocí a Eanes en Londres, que es un sitio excelente para conocer a un militar, porque todos tratan de confundirse en el abigarrado paisanaje de aquella histórica urbe.

Pero al incluíto, mudo y solitario portugués le era difícil ocultar su tristeza entre los barrotes de espuma de las reuniones internacionales a las que asistía. En una ocasión recuerdo que el "premier" inglés, Callaghan, le confundió con un hipotético Presidente brasileño. Eanes entonces miró a sus exiguas cuartillas y quiso estar en el Algarve, pero estaba allí y tuvo que aguantar, sentado, como un escritor mutilado, el error de su colega.

Ya entonces deshojaba los claveles y rompía toda esperanza de novedad entre los que le seguimos esperando que aquel hombre rompiera a llorar, a cantar o a ser humano alguna vez. Pero, no. Era inútil. Estaba sumido en el letargo del poder, como un académico de la Lengua. Así, ahora ha querido tomar las riendas que quedaban sueltas y ha hecho de Lisboa una cosa antigua y señorial, una ciudad en la que no es el pueblo el que más ordena, un lugar que, al contrario de Grandola, no alberga la fraternidad democrática de la que hablaba José Alfonso.

Pero qué hace uno hablando de la política, si para eso están Haro Tecglen, Duverger y "La Codorniz". Lo que me tiene preocupado es el porvenir de la cultura ibérica, porque si son rostros mustios y alcanforados como el de este hombre, al que ni los altavoces le hacían alzar la voz, los que miren la historia de los pueblos que habitan esta Península, mal vamos a estar los que luchamos cada día por decirle un adiós engañado a la literatura del lugar.

Hace unos días le preguntaba a Nicole Grandiola, una periodista rubia y angelical como un diamante, qué se había hecho, por ejemplo, de las tres Marías, aquellos seres que pusieron patas arriba la convencional convivencia portuguesa. "Nada, se perdieron en la maraña de la familia, lo previsto y la nada", me dijo la joven



Las tres Marías portuguesas.

corresponsal lisboeta. Yo me imaginé a Eanes, satisfecho, recibiendo la buena noticia de que cada día había un clavel menos floreciendo en las calles de Grandola, cada día un clavel menos, para facilitar la llegada de Américo Thomas o para aligerarle a él mismo la tierra de tanto rojo.

Con seres así pensaba yo en Londres, puede escribirse de nuevo la misma historia. Se sentaba Eanes delante de nosotros y nosotros esgrimíamos plumas inútiles, esperando que él dijera algo que luego pudiera trasladarse al papel. Era vana la paciencia. Aquel militar revolucionario no había nacido para la novedad. Su propia voz era una mala noticia, un presagio dictatorial e infecundo. Luego no supe más de él, porque me dediqué a la literatura y a la vida, pero ahora los colegas lisboetas mandan cables alarmados sobre la pérdida de electricidad de los claveles. A ellos les extraña, pero para los que seguimos aquellos días a aquel ser taciturno y apaisado, nada es extraño porque todo resultó previsible.

Y esto es lo que ocurre. La política pasa como una apisonadora, como si fuera un aparato de televisión encendido que se coloca ante los pueblos y los enmudece y engaña. Seres a los que la Historia monta y que luego se quedan ahí, perpetuos, disponiendo y gobernando, como decía el pobre Calderón de la Barca. La imaginación de los pueblos, pendiente del humor de las gafas sin montura de un ser que habla bajito y hacia abajo. ■ SILVESTRE CODAC.